



Fernando Mönckeberg

"Ya verás, ya verás"

La principal calle de Hamburgo es la Mönckeberg Strasse. Lleva ese nombre en homenaje a un legendario burgomaestre de la localidad, hombre de apellido Mönckeberg e ilustre ancestro de este médico, profesor universitario e investigador que, aquí en Chile, ha hecho abrir la boca de incredulidad hasta a sus propios hijos al postularse como candidato presidencial. Con 25 años de investigación científica en el cuerpo, más de 250 publicaciones a su haber (entre ellas, seis libros), Fernando Mönckeberg (63 años, casado, 8 hijos) sigue sintiendo que su principal triunfo es haber logrado que la desnutrición, en este país, bajara desde los dos tercios de la población infantil, a sólo el 8 por ciento. Absolutamente convencido, afirma que cuando sea Presidente los programas de gobierno los hará el mismo, en su propia casa campestre de Padre Hurtado.

-Hace poco, una periodista que lo entrevistó lo presentó así en la crónica: "Podría ser tanto inaguantable como encantador". ¿Qué es lo inaguantable y lo encantador en usted?

-Lo de inaguantable puede ser por lo obsesivo...

-Usted es obsesivo.

-Sin lugar a dudas. Cuando se me pone una cosa por delante hay que hacerla. Aunque cueste el sacrificio de una vida, aunque haya que dejarlo todo. Otro rasgo insoportable que tengo es que tal vez soy un poco arrogante, petulante. Sé que en ocasiones tengo la razón y me molesta toparme con personas que, porque tienen otros intereses, se convierten en obstáculo para mis proyectos. Esos deben ser mis rasgos más negativos.

-¿Y lo de encantador?

-Quizás el que trato de ser sincero, de ayudar a los demás.

-Pero, ¿qué imagen cree que proyecta hacia las mujeres? Usted estará consciente de sus puntos fuertes y débiles en el juego de la seducción.

-Siempre me he considerado poco atractivo. No sé. Siempre me he considerado feo. No tengo un físico espectacular. Pero siento que en alguna forma atraigo, tal vez por la simpatía y por mi forma afectuosa de tratar a las personas, y a las mujeres.

-¿Es píropero?

-¡Claro! Me gusta señalarle a las mujeres sus dotes de inteligencia, femineidad y belleza. Parte de la vida es entregar a las personas algo para que ellas se sientan reafirmadas.

-Los obsesivos como usted generalmente tienen ciertas obsesiones "chicas", mañas como no soportar que las puertas del closet queden abiertas o desesperarse si alguien apreta la pasta de dientes en la mitad. ¿Alguna de esas?

-Creo que no. En mi casa soy una persona fácil de llevar. No tengo grandes exigencias. Cualquier cosa que me den la como. No estorbo.

-¿Tampoco tiene insomnio?

-No, no. Duermo muy bien. Lo que sí me cuesta mucho es despertar. La verdad es que he roto muchos despertadores porque el ruido que meten es un trauma para mí.

-¿Cómo que ha roto despertadores? ¿Los tira lejos?

-Claro, los lanzo, no más. ¡Pero es una forma de despertar!

-Es decir que sus obsesiones se manifiestan sólo en grandes proyectos.

-Efectivamente. Mis obsesiones son trascendentes.

-¿Y eso le viene desde que era niño? Porque hay niños que se apasionan con determinados temas y pueden pasar meses y años estudiándolos, convirtiéndose en pequeños expertos. ¿Tuvo usted ese tipo de pasiones infantiles?

-No. Yo pasé mi niñez casi en la nebulosa. Quizás fuera un problema de madurez. Era distraído, siempre pensando en otras cosas.

-¿En qué pensaba?

-Estaba pendiente de observar los animales, la naturaleza. Yo estaba interno en el Patrocinio San José y me gustaba guardar mis insectos...

-¿Guardaba bichos en el escritorio?

-Sí, claro: gusanos, arañas; hasta pajaritos que se criaban de los nidos.

-¿Y los curas no lo retaban por esa afición?

-Indudablemente que sí. Además, yo era muy mal alumno. En esa época los salesianos hacían una lista con las posiciones de los estudiantes del primero al último. Yo invariablemente era el último.

-También sería indisciplinado, porque lo echaron de los Padres Franceses por ponerle un petardo debajo de la silla al profesor de religión. ¿Por qué se lo puso?

-¿Hace tantos años de eso! No era un petardo. Era un cuete. Lo que más me impresionó fue que se levantó mucha tierra debajo del pupitre. Como me echaron, me mandaron interno al Patrocinio, castigado. Recién cuando entré a la universidad comencé a estudiar. Y no sé por qué estudié medicina, tampoco. Tal vez porque alguna tía dijo alguna vez que "este niño va a ser médico".

-Pero usted ahora ha dicho "tengo clarísimo que soy inteligente". ¿Cuándo se dio cuenta?

-Creo que hubo un momento exacto, fíjese. Yo estaba en la universidad, me iba bien, pero tenía la sensación de que si había podido pasar los exámenes y avanzar en mi carrera era por suerte, no más, por casualidad. Hubo un momento, muy preciso, en que el siquiatra me dijo: "No puede ser sólo suerte, porque durante 7 u 8 años de carrera has dado más de 120 exámenes y no te han reprobado en ninguno". Entonces él mandó a hacer unos tests de inteligencia. Tuvo que hacer varios tests, porque costó convencerme (ríe). Obtuve un puntaje muy alto: 140. Así es que re-

"Ya verás, ya verás" [artículo] M. V.

Libros y documentos

AUTORÍA

Monckeberg, Fernando, 1926-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Ya verás, ya verás" [artículo] M. V. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile